

La Sangre rociada y los niños



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

La Sangre rociada y los niños

Nº 1988

Un sermón predicado la mañana del Domingo 23 de Octubre de 1887 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“Y Moisés convocó a todos los ancianos de Israel, y les dijo: Sacad y tomaos corderos por vuestras familias, y sacrificad la pascua. Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en el lebrillo; y ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana. Porque Jehová pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir. Guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre. Y cuando entréis en la tierra que Jehová os dará, como prometió, guardaréis este rito. Y cuando os dijeren vuestros hijos: ¿Qué es este rito vuestro?, vosotros responderéis: Es la víctima de la pascua de Jehová, el cual pasó por encima de las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios, y libró nuestras casas”. — Éxodo 12: 21-27. ([a](#))

Yo quería, queridos amigos, quería sinceramente seguir con el tema matinal del domingo pasado, pues me parece que es muy importante que continuemos dando un testimonio de la doctrina del sacrificio vicario de Jesucristo, nuestro Señor, sin cesar. Pero, al mismo tiempo, prometí que trataría de guardar “la fiesta de los niños”, y que predicaría un sermón dirigido especialmente a los maestros de la escuela dominical. No pude predicar ese sermón para la escuela en el tiempo designado, que sirviera de apertura para esta semana dedicada a los niños bajo su cargo, pero pensé que no sería menos oportuno si concluyera sus reuniones con el mensaje de clausura. ¿Cómo podría cumplir con ambos propósitos? Pienso que el tema que tenemos ante nosotros me permitirá lograrlo.

Hablaremos de la sangre rociada, y de Jesús, el grandioso sacrificio por el pecado; y, luego, exhortaremos a todos los que conocen el valor de la gran redención, a que enseñen a los jóvenes, desde sus primeros días, lo que significa la muerte de Jesús y la salvación por medio de Su sangre.

El cordero pascual era un tipo especial de nuestro Señor Jesucristo. No hemos de deducir esto del hecho general que todos los antiguos sacrificios eran sombras de la sustancia verdadera y real, sino debemos hacerlo porque, en el Nuevo Testamento, se nos asegura que “Nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Corintios 5: 7). Como el cordero pascual había de ser sin mancha, así era nuestro Señor, y su inmolación y su abrasamiento en el fuego, eran un tipo de Su muerte y de Sus sufrimientos. Incluso en cuanto al tiempo, nuestro Señor cumplió el tipo, pues el tiempo de Su crucifixión fue la pascua.

Así como la impresión responde al sello, así el sacrificio de nuestro Señor coincide con todos los elementos del ceremonial de la pascua. Le vemos “tomado de” entre los hombres, y como oveja fue llevado a la muerte; vemos Su sangre derramada y rociada; le vemos asado al fuego de la angustia; por fe comemos de Él, y sazonomos el festín con las hierbas amargas de la penitencia. Nosotros vemos a Jesús y la salvación, allí donde el ojo carnal ve únicamente a un cordero inmolado y a un pueblo salvado de la muerte.

El Espíritu de Dios, en el ceremonial de la pascua, pone un énfasis especial en la rociadura de la sangre. Aquello a lo que los hombres se oponen grandemente, Él lo ha expuesto muy diligentemente como lo primordial y lo frontal de la revelación. La sangre del cordero escogido era recogida en un lebrillo y no era derramada en el suelo para que no se desperdiciara, pues la sangre de Cristo es sumamente preciosa. Un hisopo era sumergido en el lebrillo que contenía la sangre. Las ramitas de ese pequeño arbusto retendrían las rojas gotas, de tal manera que podían ser rociadas con facilidad. Entonces el padre de la familia salía, y rociaba con el hisopo el dintel y los dos postes laterales de la puerta; y así era marcada la casa con tres regueros de color carmesí. No se ponía nada de la sangre sobre el umbral. ¡Ay del hombre que huelle la sangre de Cristo y la trate como algo profano! ¡Ay!, me temo que muchas personas están haciendo eso

en esta hora, no sólo en el mundo exterior, sino entre quienes profesan ser y se llaman a sí mismas cristianas.

Me esforzaré por exponer dos cosas. Primero, la importancia atribuida a la sangre rociada; y, en segundo lugar, la institución conectada con ella, es decir, que los hijos deben ser instruidos en el significado del sacrificio, para que a su vez puedan enseñar a sus hijos, y mantengan viva la memoria de la gran liberación del Señor.

I. Primero: LA IMPORTANCIA ATRIBUIDA A LA SANGRE DEL SACRIFICIO queda aquí muy clara. Hay un esmero en hacer que el sacrificio sea observable, sí, en hacer que la gente lo advierta.

Noto, primero, que se convirtió y permaneció siendo un símbolo nacional. Si ustedes hubiesen atravesado las calles de Menfis o de Ramesés, en la noche de la Pascua, habrían podido distinguir quiénes eran israelitas y quiénes eran egipcios, por medio de una señal muy conspicua. No había necesidad de escuchar bajo la ventana para oír la conversación de la gente que estaba dentro de la casa, ni esperar que alguien saliera a la calle para observar su vestimenta. Este hecho solo bastaría para ser una guía suficiente: el israelita tenía la señal de la sangre en su puerta, mientras que el egipcio no la tenía.

Observen bien que este es todavía el gran punto de diferencia entre los hijos de Dios y los hijos del maligno. En verdad, no hay sino dos denominaciones sobre la tierra: la iglesia y el mundo; aquellos que son justificados en Cristo Jesús y aquellos que son condenados en sus pecados. Esto permanecerá como el signo infalible del “verdadero israelita”: él ha venido a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel. El que cree que el Hijo de Dios es el único sacrificio aceptable por el pecado, tiene la salvación, y el que no cree en Él, morirá en sus pecados. El verdadero Israel confía en el sacrificio ofrecido una vez por el pecado; es su reposo, su consuelo, su esperanza.

En cuanto a aquellos que no confían en el sacrificio expiatorio, han rechazado el consejo de Dios actuando en contra ellos mismos, y así han declarado su verdadero carácter y condición. Jesús dice: “Vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho”; y la falta de fe en

ese derramamiento de sangre, sin el cual no hay remisión de pecado, es la señal condenatoria de alguien que es extraño a la mancomunidad de Israel. No hemos de hacernos preguntas al respecto: “Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios” (2 Juan 9).

El que no acepta la propiciación que Dios ha establecido, ha de llevar su propia iniquidad. Nada más justo, y, sin embargo, nada más terrible podría sucederle al hombre cuya iniquidad no fuera limpiada jamás ni por sacrificio ni por ofrenda.

No me importa cuál pueda ser tu supuesta justicia, ni cómo pienses recomendarte ante Dios. Si rechazaras a Su Hijo, Él te rechazará a ti. Si te presentaras delante de Dios sin la sangre expiadora, no tendrías ni parte ni porción en el asunto de la herencia del pacto, y no serías contado entre el pueblo de Dios. El sacrificio es el símbolo nacional del Israel espiritual, y el que no lo posea, es un extranjero; no tendrá herencia entre los que son santificados, ni contemplará al Señor en la gloria.

En segundo lugar, así como esta era la marca nacional, era también el signo salvador. Esa noche, el Ángel de la Muerte abrió con ímpetu sus alas, y conforme descendió sobre las calles de Egipto, hirió por todos lados a los primogénitos de los príncipes y a los primogénitos de las bestias, de tal manera que en cada hogar y en cada establo hubo un muerto. Allí donde veía la señal de la sangre, no entraba para herir, pero en todos los demás lugares, la venganza del Señor cayó sobre los rebeldes.

Las palabras son muy notables: “Jehová pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir”. ¿Qué detiene a la espada? Nada sino la mancha en la puerta. El cordero ha sido inmolado, y han rociado sus casas con su sangre, y, por tanto, están a salvo. Los hijos de Jacob no eran más ricos, ni más sabios, ni más fuertes, ni más diestros que los hijos de Cam; pero ellos fueron redimidos por la sangre, y, por eso, vivieron, mientras que los que no conocían la señal redentora, murieron.

Cuando Jericó se derrumbó, la única casa que permaneció fue la que tenía el cordón de grana en la ventana; y cuando el Señor visite por el

pecado, el hombre que escapará será aquel que conozca a Jesús, “en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”.

Les pido su atención muy especial, sin embargo, a las palabras que son usadas en el versículo veintitrés: “Jehová pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová aquella puerta”. ¡Cuán instructiva es la expresión! “Cuando Él vea la sangre”. Es algo muy consolador para ustedes y para mí, contemplar la expiación, pues así ganamos la paz y entramos en el reposo; pero, después de todo, la gran razón de nuestra salvación es que el propio Dios mira al sacrificio, y se queda complacido por causa de Su justicia. En el versículo trece oímos al propio Dios decir: “Veré la sangre y pasaré de vosotros”. Piensen en el ojo de Dios cuando se vuelve a Aquel que quita el pecado del mundo, y queda tan fijo en Él, que pasa de nosotros. Él tiene ojos muy puros como para contemplar la iniquidad, pero mira el rostro de Su ungido y perdona el pecado. Él nos acepta con nuestro sacrificio. Nuestro autor de himnos hace bien en orar así:

Míralo a Él y mira luego al pecador;
Mírame a mí a través de las heridas de Jesús.

No es nuestra visión de la sangre rociada la que constituye la base de la salvación, sino la visión de Dios de ella. La aceptación de Dios de Cristo es la garantía segura de la salvación de aquellos que aceptan Su sacrificio.

Amado, cuando tu ojo de la fe es débil, cuando los globos de tus ojos nadan en una cascada de lágrimas, cuando las tinieblas de la aflicción ocultan mucho de la visión, entonces Jehová ve la sangre de Su Hijo, y te perdona. En las densas tinieblas, cuando no puedes ver del todo, el Señor Dios no deja de ver nunca en Jesús aquello que le agrada y con lo que Su ley es honrada. Él no permitirá que el destructor se acerque a ti para dañarte, pues Él ve en Cristo aquello que vindica Su justicia y establece el necesario gobierno de la ley.

La sangre es la señal salvadora. En este momento esa es la pregunta apremiante para cada uno de los presentes del grupo reunido en esta casa: ¿Confías en la divina propiciación o no confías? Tráeme lo que quieras para

demostrar tu propia excelencia personal. Yo no creo en ninguna virtud que insulte a la sangre del Salvador, que es lo único que nos limpia de todo pecado. Más bien confiesa tus multiplicadas transgresiones y tus deficiencias, y luego ten ánimo y esperanza, pues hay perdón, grande e inmerecido, para el propio primero de los pecadores, por medio de Él que ha hecho la paz por la sangre de Su cruz.

Oh mi querido lector, culpable y autocondenado, si vinieras ahora y confiaras en Jesucristo, tus pecados, que son muchos, te serán todos perdonados, y amarás tanto a cambio, que toda la inclinación y el sesgo de tu mente serán vueltos del pecado a una obediencia de gracia. La expiación aplicada a la conciencia salva de la desesperación, y, luego, actuando en el corazón, salva del amor al mal. Pero la expiación es la señal salvadora. La sangre en el dintel y en los dos postes aseguraba la casa de los israelitas más pobres; pero el egipcio más altivo, sí, incluso Faraón en su trono, no pudo escapar de la espada del destructor. Cree y vive. ¡Si rechazas la expiación perecerás!

Noten, a continuación, que la señal de la sangre fue mostrada de la manera más conspicua posible. Aunque los israelitas comieron el cordero pascual en la quietud de sus propias familias, no hicieron del sacrificio un secreto. No pusieron la señal distintiva sobre la pared de alguna cámara interior, o en algún lugar donde pudieran cubrirla con cortinas, para que nadie la percibiera; sino que rociaron la parte superior de la puerta y los dos postes laterales de la misma, de tal forma que todos los que pasaran por la casa tenían que ver que estaba señalada de manera peculiar, y marcada con sangre.

El pueblo del Señor no estaba avergonzado de que la sangre fuera rociada de esta manera en el frente de cada morada: y quienes son salvados por el grandioso sacrificio, no han de tratar la doctrina de la sustitución como un credo secreto, que ha de ser mantenido secretamente, sin que deba ser confesado abiertamente.

La muerte de Jesús, en lugar nuestro y en sustitución nuestra, no es una redención de la que estemos avergonzados de hablar en algún lugar. Nuestros críticos podrían describir eso como anticuado y pasado de moda; pero no nos avergüenza publicarlo a los cuatro vientos del cielo, y profesar

nuestra confianza en ella. El que se avergüence de Cristo en esta generación, de ese se avergonzará Cristo cuando venga en la gloria de Su Padre, y todos los santos ángeles con Él.

Abunda una teología en el mundo que admite a la muerte de Cristo a un cierto lugar indefinible de su sistema, pero ese lugar está colocado muy al fondo: yo reclamo para la expiación el lugar más prominente y central. El Cordero ha de estar en medio del trono. La expiación no es un misterio del que se deba hablar escasamente, o del que si se llegara a hablar, habría que hacerlo susurrando. ¡No, no, es una simplicidad sublime, es un hecho que un niño ha de saber, es una verdad para que la gente común se goce! Debemos predicar a Cristo crucificado aunque no prediquemos ninguna otra cosa.

Hermanos, no creo que un hombre deba oír a un ministro que predicara tres sermones sin que hubiera enseñado la doctrina de la expiación. Doy amplia latitud cuando afirmo esto, pues yo no desearía predicar en absoluto sin exponer la salvación por fe en la sangre de Jesús. De un extremo a otro de mi púlpito y de mi tabernáculo la marca de la sangre estará visible; eso disgustará al enemigo, pero deleitará al que es fiel. Me parece a mí que la sustitución es el alma del Evangelio, la vida del Evangelio, la esencia del Evangelio; por tanto, siempre debe estar al frente.

Jesús, como el Cordero de Dios, es el Alfa, y debemos ponerlo de primero y delante de todo lo demás. Te exhorto, pueblo cristiano, que no la conviertas en una doctrina secundaria. Otras verdades son valiosas, pero pueden ser colocadas muy dignamente en la distancia; pero esta verdad ha de estar en la parte más visible. El centro del cristianismo es la cruz, y el significado de la cruz es la sustitución.

Podríamos desconocer, podríamos ser incapaces de
decir,
Qué dolores soportó nuestro Jesús,
Pero creemos que fue por nosotros
Que colgó y sufrió allí.

El gran sacrificio es el lugar de reunión de la simiente elegida: nos encontramos en la cruz, al igual que cada familia de Israel se reunía

alrededor de la mesa en la que se colocaba el cordero, y se reunía dentro de una casa que estaba marcada con sangre. En vez de mirar al sacrificio vicario como colocado en algún lugar ubicado en la remota distancia, lo encontramos en el centro de la iglesia. No, es algo más; es de tal manera el centro vital y esencial para todo, que quitarlo es arrancar el corazón de la iglesia. Una congregación que ha rechazado el sacrificio de Cristo no es una iglesia, sino una asamblea de incrédulos. De la iglesia puedo decir en verdad: “La vida es su sangre”.

Como la doctrina de la justificación por la fe, la doctrina del sacrificio vicario es el artículo para el sostenimiento o la caída de cada iglesia: la expiación por el sacrificio sustitutivo de Cristo significa vida espiritual y su rechazo es el reverso. Por tanto, nunca hemos de avergonzarnos de esta verdad de suma importancia, sino más bien hemos de hacerla conspicua en la medida de lo posible. “Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”.

Además, la sangre rociada no era únicamente conspicua, sino que se volvió muy amada para el propio pueblo por el hecho de que confiaron en ella sin reservas. Después de que los postes de las puertas habían sido untados, el pueblo entró en sus casas, y cerraron las puertas y no las abrieron otra vez hasta la mañana. Estaban ocupados en el interior: tenían que asar el cordero, preparar las hierbas amargas, ceñirse los lomos, y prepararse para la marcha, y otras cosas más; pero todo esto lo hicieron sin miedo al peligro, aunque sabían que el destructor andaba suelto. El mandamiento del Señor era: “Ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana”.

¿Qué está sucediendo en la calle? No deben salir a ver. Ha llegado la hora de la medianoche. ¿Acaso no lo oyeron? ¡Escuchen ese grito terrible! ¡Otra vez un alarido desgarrador! “Hubo un gran clamor en Egipto”. Los israelitas no deben prestar atención a ese grito como para quebrantar la palabra divina que los encierra por unos cuantos instantes, hasta que pase la tempestad.

Tal vez, en aquella terrible noche, algunas personas de mente ansiosa podrían haber dicho: “Está sucediendo algo terrible. ¡Oigan esos gritos! ¡Escuchen las pisadas de la gente en la calle, que anda corriendo de un lado

al otro! Pudiera ser que hubiera una conspiración para matarnos al filo de la noche”. “Ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana”, fue suficiente para todos los que creyeron verdaderamente. Ellos estaban seguros, y lo sabían, y así, como polluelos debajo de las alas de la gallina, descansaron seguros.

Amados, hagamos lo mismo. Honremos la preciosa sangre de Cristo, no solamente hablando valerosamente de ella a otros, sino mediante una confianza calmada y feliz en ella en nosotros. Descansemos en plena seguridad. ¿Crees que Jesús murió por ti? Entonces ten paz. Que no desfallezca el corazón de nadie ahora que sabemos que Jesús murió por nuestros pecados de acuerdo a las Escrituras. La cruz debe ser el pilar de nuestra confianza, firme e incommovible. No se agiten por lo que ha sido o por lo que ha de ser: estamos protegidos en la seguridad en Cristo Jesús, tanto de los pecados del pasado como de los peligros del futuro. Todo está bien, puesto que la obra de expiación del amor está consumada. Procedamos con nuestras labores de casa en santa paz, purificando la vieja levadura y guardando la fiesta; pero no permitamos que ningún miedo o duda nos conturben ni por un instante.

Sentimos piedad por aquellos que mueren sin Cristo, pero no podemos dejar a nuestro Señor bajo la pretensión de salvarlos: eso sería una insensatez. Sé que hay terribles gritos afuera en las calles. ¿Quién no los ha oído? ¡Oh, que la gente simplemente se protegiera bajo la marca de la sangre! Pensar en la condenación de los impíos cuando perecen en sus pecados, traspasa nuestro corazón; pero, así como Noé no abandonó el arca, ni Israel dejó su morada, así nuestra esperanza no es mayor de lo que la cruz garantice. Todos los que se protegen bajo la sangre de la expiación están seguros, y en cuanto a quienes rechazan esta gran salvación, ¿cómo escaparán?

Hay grandes y tristes misterios en esta larga noche, pero en la mañana sabremos tanto de los tratos de Dios para con los hombres como sea bueno que sepamos. Mientras tanto, trabajemos para conducir a nuestros semejantes al recinto de la seguridad, pero, a la vez, seamos nosotros mismos pacíficos, sosegados, reposados y felices. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”. “Justificados, pues,

por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. “Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación”. Con su paciencia ganarán sus almas. (Lucas 21: 19)

Oh, descansen en el Señor, y espérenlo pacientemente. Aliméntense del Cordero, pues su carne es verdadera comida. Ese mismo Jesús, que ha preservado su vida de la destrucción, será el sostén de esa vida eternamente. Sean felices debajo de la marca de sangre salvadora. Hagan un festín de su pascua. Aunque haya muerte afuera, no permitan que su goce interior sea turbado.

No puedo detenerme mucho tiempo en cada punto, y, por tanto, adviertan a continuación que el derramamiento de la sangre pascual había de conservarse en perpetua memoria. “Guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre”. Mientras Israel permaneciera siendo un pueblo, debían guardar la pascua: mientras haya un cristiano en la tierra, la muerte sacrificial del Señor Jesús ha de guardarse en la memoria. Ni el progreso de los años ni el avance del pensamiento podrían quitar la memoria del sacrificio pascual de Israel. Ciertamente fue una noche para ser recordada, cuando el Señor sacó a Su pueblo de debajo del yugo de hierro de Egipto. Fue una liberación tan maravillosa, tanto en cuanto a las plagas que la precedieron, como al milagro en el Mar Rojo que les siguió, que ningún evento podía sobrepasarla en interés y gloria. Fue tal el triunfo del poder de Dios sobre el orgullo de Faraón, y tal la manifestación del amor de Dios, que no debían estar alegres meramente durante una noche, ni durante un año, y ni siquiera durante un siglo; sino que debían recordarlo por siempre. ¿No podría venir un tiempo cuando Israel alcanzara una mayor historia? ¿No podría algún evento más grandioso eclipsar la gloria del derrocamiento de Egipto? ¡Nunca! La muerte de los primogénitos de Egipto, y el cántico de Moisés en el Mar Rojo deben permanecer bordados para siempre en el tapiz de la historia hebrea. Por siempre dijo Jehová: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre”.

Amados, la muerte de nuestro Señor Jesucristo debe ser declarada y mostrada por nosotros hasta que Él venga. No puede ser descubierta

ninguna verdad jamás que pueda opacar Su muerte sacrificial. No importa lo que pueda ocurrir, incluso aunque Él venga en las nubes del cielo, nuestro cántico ha de ser por siempre, “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre”. En medio del esplendor de Su reino sin fin, Él ha de ser “el Cordero que está en medio del trono”. Cristo, como el sacrificio por el pecado, ha de ser siempre el tema de nuestros aleluyas: “Porque tú fuiste inmolado”.

Ciertas mentes vanagloriosas están avanzando y avanzando de la roca al abismo. Están progresando de la verdad a la falsedad. Están pensando, pero sus pensamientos no son los pensamientos de Dios, ni sus caminos son Sus caminos. Están dejando el Evangelio, se están apartando de Cristo, y no saben adónde van. Al abandonar el sacrificio sustitutivo, están abandonando la única esperanza del hombre.

En cuanto a nosotros, oímos que el Señor nos dice: “Guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre”, y eso haremos. “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” es nuestra jactancia y nuestra gloria. Que otros se descarrien hasta donde quieran, pero nosotros permaneceremos con quien llevó nuestros pecados en Su propio cuerpo en el madero.

Noten además, queridos amigos, que cuando el pueblo llegó a la tierra en la que ningún egipcio había entrado jamás, ellos debían todavía recordar la pascua. “Y cuando entréis en la tierra que Jehová os dará, como prometió, guardaréis este rito”. En la tierra que fluía leche y miel debían guardar todavía el memorial de la sangre rociada. Nuestro Señor Jesús no es sólo para el primer día de nuestro arrepentimiento, sino para todos los días de nuestras vidas: le recordamos tanto en medio de nuestros goces espirituales más elevados como en nuestras más profundas aflicciones espirituales. El cordero pascual es para Canaán así como para Egipto, y el sacrificio por el pecado es para nuestra plena seguridad así como para nuestra trémula esperanza.

Ustedes y yo nunca alcanzaremos tal estado de gracia que podamos prescindir de la sangre que nos limpia del pecado. Si alguna vez alcanzáramos la perfección, entonces Cristo sería aún más precioso de lo que es hoy; o, si no lo encontráramos así, podemos estar seguros de que

nuestro pretendido logro es un infeliz engaño. Aunque andamos en luz como Dios está en luz, y tengamos constante comunión con Él, aún así es la sangre de Jesucristo Su Hijo la que nos limpia de todo pecado.

Además, hermanos, quiero que noten cuidadosamente que esta sangre rociada había de ser una memoria que lo llenara todo. Capten este pensamiento: los hijos de Israel no podían salir de sus casas, y no podían entrar a ellas, sin el recuerdo de la sangre rociada. Estaba sobre sus cabezas; debían pasar debajo de ella. Estaba a su mano derecha y a su mano izquierda: tenían que estar rodeados de ella. Casi podrían decir de ella: “¿A dónde me iré de tu presencia?” Ya sea que miraran a sus puertas, o a las puertas de sus vecinos, siempre había ese triple reguero que permanecía allí tanto de día como de noche.

Y esto no era todo; cuando dos de Israel se casaban, y se ponía el cimiento de una familia, había otro memorial. El joven esposo y la esposa tenían el goce de mirar a su hijo primogénito, y luego recordaban que el Señor había dicho: “Conságrame todo primogénito”. Como un israelita, él explicaba esto a su hijo y le decía: “Jehová nos sacó con mano fuerte de Egipto, de casa de servidumbre; y endureciéndose Faraón para no dejarnos ir, Jehová hizo morir en la tierra de Egipto a todo primogénito, desde el primogénito humano hasta el primogénito de la bestia; y por esta causa yo sacrifico para Jehová todo primogénito macho, y redimo al primogénito de mis hijos”.

El comienzo de toda familia que constituía la nación de Israel era así un tiempo especial de recordación de la sangre rociada, pues entonces tenía que pagarse el dinero del rescate, y así se hacía un reconocimiento de que le pertenecía al Señor, habiendo sido comprado por precio. De muchas maneras, y por su presencia en todas partes, se le recordaba al pueblo de la necesidad del sacrificio. Para el individuo atento, cada puesta de sol traía a su memoria la noche que debía ser recordada, mientras que el comienzo de cada año, en el mes de Abib, le traía memorias del hecho de que el comienzo de su nación databa del tiempo del sacrificio del cordero. El Señor se proveyó de medios para mantener este asunto delante del pueblo, pues ellos eran díscolos y tenían la tendencia a olvidar, tal como en esta época presente.

En el capítulo decimotercero, en el versículo 9, leemos: “Y te será como una señal sobre tu mano, y como un memorial delante de tus ojos”. Y otra vez, en el versículo 16, leemos: “Te será, pues, como una señal sobre tu mano, y por un memorial delante de tus ojos, por cuanto Jehová nos sacó de Egipto con mano fuerte”. Con esto se significaba que a partir de ese momento tenían que hacer todo con relación a la redención, y a partir de ese momento tenían que ver todo en conexión con la redención. La redención por sangre tenía que consagrar la mano de todo hombre, de tal forma que no podía usarla para el mal, sino que debía emplearla para el Señor. No podía tomar en su mano su alimento, o su herramienta, sin la recordación de la sangre rociada que había convertido su alimento y su labor en una bendición. Todos sus actos tenían que estar bajo la influencia de la sangre expiatoria.

¡Oh, qué servicio prestaríamos ustedes y yo, si siempre ofreciéramos una labor redimida! Si acudiéramos a nuestra clase de la escuela dominical, por ejemplo, sintiendo, “soy comprado por un precio”, y si predicáramos con labios redimidos el Evangelio de nuestra propia salvación, ¡cuán vívida y amorosamente hablaríamos! ¡Qué efecto tendría esto en nuestras vidas! Algunos de ustedes no se atreverían a hacer lo que hacen ahora, si recordaran que Jesús murió por ustedes. Muchas cosas que han dejado sin hacer serían atendidas de inmediato, si tuviesen una más clara conciencia del amor redentor.

Los judíos se volvieron supersticiosos, y se contentaban con la letra de la ley, y por ello escribieron ciertos versículos en pequeñas franjas de pergamino llamadas ‘filacterias’, que encerraban en una caja, y luego la ataban en sus muñecas. El verdadero significado del pasaje no radicaba en ninguna acción infantil de ese tipo; sino que les enseñaba que debían laborar y actuar con manos santas, como hombres bajo sobrecogedoras obligaciones para con la gracia redentora del Señor. La redención debe ser nuestro impulso para el santo servicio, nuestro freno cuando somos tentados a pecar. Debían llevar también la memoria de la pascua como frontales entre sus ojos, y ustedes saben cómo ciertos judíos efectivamente llevaban filacterias en sus frentes. Eso no podía ser más que la mera cáscara de la cosa: la esencia del mandato era que debían mirarlo todo en referencia a la redención por sangre.

Hermanos, debemos ver todo en este mundo a la luz de la redención, y entonces veremos todo rectamente. Ocurre un cambio maravilloso cuando ven a la providencia desde el pie de la cruz, en vez de verla desde el punto de vista del mérito humano. No vemos nada, verdaderamente, hasta que Jesús es nuestra luz. Cada cosa es vista en su realidad cuando ven a través del cristal, del cristal carmesí del sacrificio de expiación. Usen este telescopio de la cruz, y verán a la distancia y más claramente; miren a los pecadores a través de la cruz; miren a los santos a través de la cruz; miren al pecado a través de la cruz; miren los deleites y las aflicciones del mundo a través de la cruz; miren al cielo y al infierno a través de la cruz. Miren cuán conspicuo es el significado de la sangre de la pascua, y luego aprendan, de todo esto, a tener gran consideración por el sacrificio de Jesús, sí, y a convertirlo en todo, pues Cristo es todo.

Una cosa más: leemos en Deuteronomio, en el capítulo sexto, y en el versículo octavo, concerniente a los mandamientos del Señor, como sigue: “Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas”. Vean, entonces, que la ley ha de escribirse con firmeza por los memoriales de la sangre.

En Suiza, en las aldeas protestantes, ustedes han visto los textos de la Escritura sobre los postes de las puertas. Yo deseo a medias que tuviéramos esa costumbre en Inglaterra. ¡Cuánto del Evangelio podría ser predicado a los caminantes si los textos de la Escritura estuvieran sobre las puertas de los cristianos! Podría ser ridiculizado como farisaico, pero podríamos superar eso. Pocos son susceptibles en nuestros días de alguna acusación por ser demasiado religiosos. A mí me gusta ver los textos de la Escritura en nuestras casas, en todas las habitaciones, en las cornisas, y sobre las paredes; pero afuera, en la puerta, ¡qué importante publicidad podría recibir el Evangelio a un precio muy bajo!

Pero noten que cuando el judío escribía sobre los postes de sus puertas una promesa, o un precepto, o una doctrina, tenía que escribir sobre una superficie manchada con sangre, y cuando llegaba la pascua del año siguiente, tenía que rociar la sangre con el hisopo justo sobre lo que estaba escrito. Me parece muy deleitable pensar en la ley de Dios en conexión con

ese sacrificio expiatorio que la ha magnificado y que la ha hecho honorable. Los mandamientos de Dios me llegan como a un hombre redimido; sus promesas son para mí como para un hombre comprado con sangre; su enseñanza me instruye como a uno para quien la expiación ha sido hecha.

La ley en la mano de Cristo no es una espada que nos mate, sino una joya que nos enriquece. Toda verdad tomada en conexión con la cruz, es grandemente acrecentada en valor. La propia Santa Escritura se vuelve amada en un grado séptuplo cuando vemos que nos llega como a los redimidos del Señor, y muestra en cada una de sus páginas las señales de esas amadas manos que fueron clavadas al madero por nosotros.

Amados, ustedes ven ahora cómo todo fue hecho para que la sangre del cordero pascual pudiera ser llevada a una excelsa posición en la estima de la gente a quien el Señor sacó de Egipto; y ustedes y yo debemos hacer todo aquello en lo que podamos pensar para exponer y mantener delante de los hombres, por siempre, la preciosa doctrina del sacrificio expiatorio de Cristo. ‘Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él’.

II. Y ahora voy a pasar un breve tiempo trayendo a su memoria LA INSTITUCIÓN QUE ESTABA CONECTADA CON EL RECUERDO DE LA PASCUA. “Y cuando os dijeren vuestros hijos: ¿Qué es este rito vuestro?, vosotros responderéis: Es la víctima de la pascua de Jehová”.

La indagación debe ser estimulada en las mentes de nuestros hijos. ¡Oh, que los pudiéramos inducir a hacer preguntas acerca de las cosas de Dios! Algunos de ellos indagan desde muy temprano mientras que otros parecen enfermos con una indiferencia semejante a la de los adultos. Hemos de tratar con ambos órdenes de mente. Es bueno explicar a los hijos la ordenanza de la Cena del Señor, pues esto expone la muerte de Cristo en símbolo. Lamento que los hijos no vean más a menudo esta ordenanza. El Bautismo y la Cena del Señor deberían ser colocados, ambos, a la vista de la generación que surge, para que puedan entonces preguntarnos: “¿Qué es este rito vuestro?”

Ahora, la Cena del Señor es un sermón evangélico perenne, y tiene que ver principalmente con el sacrificio por el pecado. Podrían desterrar del

púlpito la doctrina de la expiación, pero viviría siempre en la iglesia a través de la Cena del Señor. No podrían explicar ese pan partido y esa copa llena del fruto de la vid, sin referencia a la muerte expiatoria de nuestro Señor. No pueden explicar “la comunión del cuerpo de Cristo” sin introducir, de una manera o de otra, la muerte de Jesús en nuestro lugar y nuestro sitio.

Entonces, deben permitir a sus pequeñitos ver la Cena del Señor, y se les debe decir claramente su significado. Y si no es la Cena del Señor — pues eso no es la cosa misma, sino únicamente la sombra del glorioso hecho — reflexionen mucho y con frecuencia en presencia de ellos, en los sufrimientos y en la muerte de nuestro Redentor. Ellos deben pensar en Getsemaní, y en Gabata, y en el Gólgota, y deben aprender a cantarle en tonos quejumbrosos a Él, que entregó Su vida por nosotros. Díganles quién fue el que sufrió, y por qué. Sí, aunque el himno no me gusta mucho en algunas de sus expresiones, haría que los niños cantaran:

Hay una colina verde y alejada,
Fuera de los muros de una ciudad.

Y les haría aprender líneas tales como estas:

Él sabía cuán perversos habíamos sido,
Y sabía que Dios debe castigar el pecado;
Así que por piedad Jesús dijo,
Que Él soportaría en sustitución el castigo.

Y cuando la atención es estimulada para el mejor de los temas, debemos estar listos a explicar la grandiosa transacción por la cual Dios es justo, y, sin embargo, los pecadores son justificados. Los niños pueden entender bien la doctrina del sacrificio expiatorio; tiene el propósito de ser un evangelio para los más jóvenes. El Evangelio de la sustitución es una simplicidad, aunque sea un misterio. No debemos estar contentos hasta que nuestros pequeñitos conozcan y confíen en el sacrificio consumado. Este es un conocimiento esencial, y es la llave para las demás enseñanzas espirituales. Nuestros amados hijos deben conocer la cruz, y así habrán comenzado bien. Junto a todo lo que reciban, deben recibir un entendimiento de esto, y entonces tendrán el cimiento debidamente colocado.

Esto requerirá que le enseñen al niño su necesidad de un Salvador. No deben retrasar esta necesaria tarea. No halaguen al niño con basura engañosa acerca de que su naturaleza es buena y que necesita ser desarrollada. Díganle que debe nacer de nuevo. No lo catapulten con la fantasía de su propia inocencia, sino que han de mostrarle su pecado. Menciónenle los pecados infantiles a los que está propenso, y pídanle al Espíritu Santo que obre convicción en su corazón y en su conciencia. Traten con los jóvenes de una manera semejante a como tratarían a los adultos. Sean exhaustivos y honestos con ellos. Una religión endeble no es buena ni para los jóvenes ni para los viejos. Estos muchachos y muchachas necesitan el perdón por medio de la preciosa sangre, tan ciertamente, como cualquiera de nosotros. No duden en decirle al niño su ruina; de otra manera no deseará el remedio. Háblenle también del castigo del pecado, y adviértanle de su terror. Sean tiernos, pero sean sinceros. No oculten del joven pecador la verdad, por terrible que sea. Ahora que ha llegado a los años de responsabilidad, si no creyera en Cristo, le irá muy mal en el último gran día. Pongan delante de él el tribunal, y recuérdense que tendrá que rendir cuentas de las cosas hechas en el cuerpo. Esfuércense para despertar la conciencia, y pídanle a Dios el Espíritu Santo que obre por ustedes hasta que el corazón se torne tierno y la mente perciba la necesidad de la gran salvación.

Los niños necesitan aprender la doctrina de la cruz para que puedan encontrar la salvación inmediata. Doy gracias a Dios porque en nuestra escuela dominical creemos en la salvación de los niños como niños. ¡Cuán múltiple ha sido mi gozo cuando veo a muchachos y muchachas pasar al frente para confesar su fe en Cristo! Y quiero decir otra vez que los mejores convertidos, los más claros convertidos, los más inteligentes convertidos que hayamos tenido jamás han sido los jóvenes; y, en lugar de haber alguna deficiencia en su conocimiento de la Palabra de Dios, y de las doctrinas de la gracia, hemos descubierto que tienen una familiaridad deleitable con las grandes verdades cardinales de Cristo. Muchos de estos amados niños han sido capaces de hablar de las cosas de Dios con gran placer de corazón y fuerza de entendimiento.

Prosigan, queridos maestros, y crean que Dios salvará a sus niños. No se contenten con sembrar principios en sus mentes que puedan posiblemente

desarrollarse en años posteriores; sino que han de trabajar por la inmediata conversión. Esperen fruto de sus niños mientras sean niños. Oren por ellos para que no corran al mundo y caigan en los males de los pecados visibles, para luego regresar con huesos rotos al Buen Pastor; sino que sean guardados, por la rica gracia de Dios, de los senderos del destructor, y que crezcan en el rebaño de Cristo, primero como corderos de Su rebaño, y luego como ovejas de Su mano.

De una cosa estoy seguro, y es que, si enseñamos a los niños la doctrina de la expiación en los términos más inconfundibles, nos estaremos haciendo un bien a nosotros mismos. Algunas veces espero que avive a Su iglesia y la restaure a su antigua fe, por una obra de gracia entre los niños. ¡Si Él trajera a nuestras iglesias una gran afluencia de jóvenes, cómo tendería a vivificar la sangre indolente de los negligentes y de los amodorrados! Los niños cristianos tienden a mantener la casa viva. ¡Oh, que pudiéramos tener más de ellos! Si el Señor nos ayudara a enseñarles a los niños, nos estaríamos enseñando a nosotros mismos. No hay mejor manera de aprender que enseñando, y no saben bien algo mientras no lo puedan enseñar a alguien más. No conocen enteramente una verdad mientras no la puedan poner delante de un niño para que la vea. Al tratar de lograr que un pequeñito entienda la doctrina de la expiación, tendrán ustedes mismos un entendimiento más claro, y por tanto, les recomiendo ese santo ejercicio.

¡Qué misericordia sería si nuestros hijos estuvieran plenamente cimentados en la doctrina de la redención por medio de Cristo! Si fueran advertidos de los evangelios falsos de esta época perversa, y si fueran enseñados a descansar sobre la roca eterna de la obra consumada de Cristo, podríamos esperar tener una generación después de la nuestra que mantendrá la fe, y que será mejor que sus padres.

Sus escuelas dominicales son admirables; pero, ¿cuál es su propósito si no enseñan el Evangelio en ellas? Juntan a los niños y los mantienen quietos durante una hora y media, y, luego, los envían a casa; pero, ¿para qué sirve eso? Puede traer alguna quietud a sus padres y madres, y eso es, tal vez, el motivo por el que los envían a la escuela; pero todo el bien real radica en el material que se enseña a los niños. La verdad más fundamental ha de tener un lugar prominente; ¿y cuál es esa verdad sino la cruz?

Algunos les hablan a los niños acerca de ser buenos niños y niñas, y cosas semejantes; esto es, les predicán la ley a los niños, ¡aunque predicarían el evangelio a los adultos! ¿Es honesto eso? Los niños necesitan el Evangelio, todo el Evangelio, el Evangelio sin adulteración; los niños deben recibirlo, y si son enseñados por el Espíritu de Dios, son capaces de recibirlo al igual que las personas de años maduros. Enséñenles a los pequeñitos que Jesús murió, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.

Muy, muy confiadamente dejo en verdad esta obra en manos de los maestros de esta escuela. Nunca conocí a un cuerpo más noble de hombre y mujeres cristianos, pues son tan sinceros en su apego al viejo Evangelio como son ávidos de ganar almas. Tengan ánimo, hermanos y hermanas míos: el Dios que ha salvado a tantos de sus hijos, va a salvar a muchos más de ellos, y tendremos gran gozo en este Tabernáculo conforme veamos a cientos de niños que son traídos a Cristo. ¡Que Dios nos conceda eso por Jesucristo nuestro Señor! Amén.



(α) Porciones de la Escritura leídas antes del sermón: Éxodo 12: 21-36; 13: 1-10; 14-16. [Copiado más abajo] [\[volver\]](#)

Éxodo 12:21-36

21 Y Moisés convocó a todos los ancianos de Israel, y les dijo: Sacad y tomaos corderos por vuestras familias, y sacrificad la pascua.

22 Y tomad un manojo de hisopo, y mojadlo en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en el lebrillo; y ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana.

23 Porque Jehová pasará hiriendo a los egipcios; y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes,

pasará Jehová aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir.

24 Guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre.

25 Y cuando entréis en la tierra que Jehová os dará, como prometió, guardaréis este rito.

26 Y cuando os dijeren vuestros hijos: ¿Qué es este rito vuestro?,

27 vosotros responderéis: Es la víctima de la pascua de Jehová, el cual pasó por encima de las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios, y libró nuestras casas. Entonces el pueblo se inclinó y adoró.

28 Y los hijos de Israel fueron e hicieron puntualmente así, como Jehová había mandado a Moisés y a Aarón.

Muerte de los primogénitos

29 Y aconteció que a la medianoche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales.

30 Y se levantó aquella noche Faraón, él y todos sus siervos, y todos los egipcios; y hubo un gran clamor en Egipto, porque no había casa donde no hubiese un muerto.

31 E hizo llamar a Moisés y a Aarón de noche, y les dijo: Salid de en medio de mi pueblo vosotros y los hijos de Israel, e id, servid a Jehová, como habéis dicho.

32 Tomad también vuestras ovejas y vuestras vacas, como habéis dicho, e idos; y bendecidme también a mí.

33 Y los egipcios apremiaban al pueblo, dándose prisa a echarlos de la tierra; porque decían: Todos somos muertos.

34 Y llevó el pueblo su masa antes que se leudase, sus masas envueltas en sus sábanas sobre sus hombros.

35 E hicieron los hijos de Israel conforme al

mandamiento de Moisés, pidiendo de los egipcios alhajas de plata, y de oro, y vestidos.

36 Y Jehová dio gracia al pueblo delante de los egipcios, y les dieron cuanto pedían; así despojaron a los egipcios.

Éxodo 13:1-10

Consagración de los primogénitos

1 Jehová habló a Moisés, diciendo:

2 «Conságrame todo primogénito. Cualquiera que abre matriz entre los hijos de Israel, así de los hombres como de los animales, mío es».

3 Y Moisés dijo al pueblo: «Tened memoria de este día, en el cual habéis salido de Egipto, de la casa de servidumbre, pues Jehová os ha sacado de aquí con mano fuerte; por tanto, no comeréis leudado».

4 Vosotros salís hoy en el mes de Abib.

5 Y cuando Jehová te hubiere metido en la tierra del cananeo, del heteo, del amorreo, del heveo y del jebuseo, la cual juró a tus padres que te daría, tierra que destila leche y miel, harás esta celebración en este mes.

6 Siete días comerás pan sin leudar, y el séptimo día será fiesta para Jehová.

7 Por los siete días se comerán los panes sin levadura, y no se verá contigo nada leudado, ni levadura, en todo tu territorio.

8 Y lo contarás en aquel día a tu hijo, diciendo: Se hace esto con motivo de lo que Jehová hizo conmigo cuando me sacó de Egipto.

9 Y te será como una señal sobre tu mano, y como un memorial delante de tus ojos, para que la ley de Jehová esté en tu boca; por cuanto con mano fuerte te sacó Jehová de Egipto.

10 Por tanto, tú guardarás este rito en su tiempo de año en año.

Versículos 14-16

14 Y cuando mañana te pregunte tu hijo, diciendo: «¿Qué es esto?», le dirás: «Jehová nos sacó con mano fuerte de Egipto, de casa de servidumbre;

15 y endureciéndose Faraón para no dejarnos ir, Jehová hizo morir en la tierra de Egipto a todo primogénito, desde el primogénito humano hasta el primogénito de la bestia; y por esta causa yo sacrifico para Jehová todo primogénito macho, y redimo al primogénito de mis hijos».

16 Te será, pues, como una señal sobre tu mano, y por un memorial delante de tus ojos, por cuanto Jehová nos sacó de Egipto con mano fuerte.

Reina-Valera 1960